

VIERNES LITERARIO

LETRAS ● ARTES ● CIENCIAS ● TEMAS DE LA CULTURA ● BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal del diario PUEBLO

Viernes 21 de mayo de 1982

Escribe José ESTEBAN



EL POETA JOSE BERGAMIN

CUANDO en 1923 José Bergamín comparecía ante las letras españolas con un libro de aforismos, «El cohete y la estrella», solamente algunos críticos avisados se dieron cuenta de la profunda vocación poética de su autor. Sin embargo, a pesar de escribir versos desde su adolescencia, pasarían bastantes años hasta que tomara la alternativa poética con sus «Tres sonetos a Cristo crucificado ante el mar». Fue en agosto de 1938 y en el número 20 de la revista «Hora de España», que merecieron los más encendidos elogios de Antonio Machado, («Tres sonetos en que parecen latir todavía las más vivas arterias de nuestro mejor barroco literario, y que figurarán algún día en los mejores florilegios de nuestra lírica.») Pero de nuevo pasarían varios años hasta que Bergamín volviera a darnos otra muestra poética. Fue con la aparición de dos libros de versos, «Rimas y sonetos rezagados» y «Duendecitos y coplas». Publicados en Santiago de Chile en ediciones minoritarias, sin apoyo publicitario alguno (más bien al contrario en lo que se refiere a nuestra patria), no pudieron dejar entrever para nadie (salvo alguna excepción) las cualidades de poeta que en su brevedad contenían.

SIN embargo, las rimas de «La claridad desierta», primer libro de poemas publicado en España por el autor, no dejaron ya lugar a dudas del poeta que encierra, escondiéndolo, ocultándolo celosamente, José Bergamín. A este siguieron, concebidos como una especie de diario poético, «Apartada orilla» (1976), «Velado desvelo» (1878) y «Esperando la mano de nieve» (1982).

CONTINUANDO en «Esperando la mano de nieve» la larga meditación sobre la muerte que inició con «Apartada orilla», escrito con la deslumbrante agilidad que caracteriza a su prosa; inspirado en Bécquer y Machado («Con Bécquer y con Machado/ (y con Ferrant) tengo un huerto/ que por mi mano he plantado./ Y que es un huerto cerrado./ Tan cerrado como abierto./ Porque es un huerto robado.»), la agudeza, profundidad y contradicción de sus meditaciones, la gracia andaluza de sus giros, la perfección de sus versos, hacen del poeta José Bergamín una auténtica «rara avis» en la poesía española actual.

Pero dejemos hablar al poeta: El árbol solo en la llanura sola/ vuelve más solitaria/ la soledad de soledades tristes/ que le dieron su alma./ Y espera que la música, que el viento/ a su ramaje estremecido arranca/ dé al pájaro perdido y solitario/ cobijo entre sus ramas.

NO les parece que es el propio Bécquer? Una vez más, como pronosticara Cernuda, el poeta sevillano vuelve a ser el maestro de siempre, el inspirador de la línea más valiosa y honda de nuestra poesía. Oigamos de nuevo al poeta: Todas las mañanas/ cuando me despierto/ levanto un cadáver/ que yace en mi lecho./ Saco del vacío/ sepulcro del sueño/ a un Lázaro vivo/ de un Lázaro muerto./ ¡Y con qué cansado./ inútil esfuerzo./ pongo en pie al fantasma/ que huye en mi del tiempo!

Se ha hablado mucho, y con razón, del conceptismo y el barroquismo de Bergamín, de su propósito de contradicción, de su afición al disparate como género literario válido, de su garbo taurino y de su agilidad mental. Se ha hablado mucho menos de su verso «lado, vivo, del despliegue fecundo de sus rimas, del tono ingenuo y sabio y lleno de duende de sus coplas, de la sutil transmisión de su pensamiento poético a través de una brillante imagen. Pero, créanme, que tanto se hablará de una cosa como de otra.

Porque si «la poesía es siempre pensamiento, porque no puede ser extensión», que dijo el poeta en los ya lejanos años y en las lejanas páginas de la revista «Carmen», esta especie de «memorias de ultratumba» obsesivas de «Esperando la mano de nieve», nos «mueven hasta en las más delgadas fibras del hilo misterioso que es siempre el pensar, uniendo el fervor de un versificador juvenil con la tremenda experiencia de su larga vida. Poseedor de la locura del poeta, que tijo Maritain, Bergamín ha dejado muy claro con su ya extensa obra poética, todo el bagaje lírico que desde su juventud ha ocultado, para incorporarse así (nunca es tarde si la dicha es buena) a esa poco repetible generación poética de 1927, con todos los honores, reverdecidiéndola.

EDICION DE DOS DE LAS MAS GRANDES NOVELAS DEL SIGLO

Escribe José Antonio UGALDE



“EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS (IV tomo)”

de Robert Musil



“MEMORIAS DE ADRIANO”

de Marguerite Yourcenar

La inacabada obra de Musil, escrita entre 1930 y 1942, y el libro de la única mujer que ha logrado ser aceptada en la recalcitrante Academia Francesa, publicado en 1951, participan con desasosumbrada e inmediata naturalidad en el núcleo de energías e incertidumbres que provocaron el alumbramiento de la novela europea: el hombre, solitario, desasistido de religiones, en búsqueda de una manera libre, trascendente, de vivir. Ambas novelas se hallan inmersas en esa estirpe originaria de indagación novelesca que, al mismo tiempo, es ética y estética. Un lema de Musil, que no deja de ser pertinente también para Yourcenar, reza: «Estilo es, para mí, elaboración exacta de un pensamiento.»

Lo diferencial de estas y de otras grandes novelas contemporáneas es que ese pensamiento —peculiar e intransferible, tanto en Musil como en Yourcenar, al igual que sus respectivos estilos e intenciones literarias— no es patrimonio exclusivo del escritor. También circula, poderoso y exigente, por las vidas de sus criaturas, las cuales se hallan tocadas por esa gracia y esa agonía impar que consiste en querer vivir no conforme a las ideas —Adriano, el emperador romano cuyas confesiones imagina Marguerite Yourcenar, escribe: «(...) me hubiera disgustado adherirme por completo a un sistema—, pero si acordes con pautas vitales, con estilos, de los

La reciente aparición, casi simultánea, de «Memorias de Adriano», de Marguerite Yourcenar (1), y del cuarto y último volumen de «El hombre sin atributos», de Robert Musil (2), constituye un doble acontecimiento editorial, que hay que comentar con lógico alborozo. Estas dos novelas se inscriben entre lo más elevado de la producción literaria de nuestro siglo, aserto con el que no hago ningún descubrimiento ni cometo exageración alguna.

que las ideas son formulación fría y lapidaria, pero también modelo, signo concentrado, que permite reconocer esos estilos en la inteligencia y la memoria.

La atmósfera de estas dos obras viene marcada por el hecho de que tanto Ulrich, el hombre sin atributos del siglo XX creado por Musil, como Adriano, el emperador del siglo II que dirige a su sucesor Marco Aurelio la narración de su vida, viven inmersos, cada uno en su tiempo, en un aluvión de proposiciones teóricas, proyectos de vida virtuosa, ideologías sociales, filosofías y creencias religiosas. Pero si ellos mismos esgrimen conceptos, silogismos, razonamientos, los acarrearán desde la cultura escrita y los escuchan de otros labios, es siempre con la intención de desbordarlos, de someter cada postulado y sus resultados prácticos a la criba de la razón. En esta tarea sin fin, es la capacidad racional misma, su propia soberbia y sus límites lo que se pone en cuestión, de ma-

nera que la inteligencia es instrumentalizada para un juego vital que la supera y en el que las ideas, a veces, son anquiladas como justificación inservible, vulgar, del comportamiento, y otras veces se convierten en contraseñas, arquetipos y emblemas de algo que va siempre más allá, que sigue siendo irreductible, dependiente del azar, oscuro, en ocasiones exaltante y en demasiadas oportunidades trivial: vivir.

En última instancia, la literatura —la buena— parece reducirse a eso: a recensionar e inventar los puentes que los siglos establecen entre pensamiento y vida, a ese juego sutil, refinado, de mostrar cómo lo auténticamente creador es un desenlace, una huida de lo preconcebido por la inteligencia, y de mostrar también cómo lo preconcebido por la inteligencia es buena leña seca para la hoguera de la creación y la libertad.

Es evidente que hay buenas y malas novelas, en que

el mundo de las ideas es parte crucial de la trama. Desgraciadamente, creo que en nuestro país, entre novelistas y críticos, esa distinción no está demasiado clara y, en cambio, prevalece la figura del celoso inquisidor atormentado por el peligro de que las ideas campen a sus anchas en la novela. Resulta más fácil agitar el fantoche de un pretendido «idealismo» y lanzarse a un vitalismo de barrafillo; es más usual ahorrarse el gasto de inteligencia y colocar al sufrido lector repelentes «tranches de vie» rebozadas en los géneros más diversos. Todavía aquí, a quien se empeña en meter ideas en la narrativa, se le acusa de intrusismo, de hacer filosofía camuflada, de no saber construir personajes de carne y hueso. Esta última obsesión se ha hecho tan dominante que, en buena parte de nuestra novelesca, los personajes ya sólo son de carne y hueso.

Pero volvamos a los dos libros comentados, que han servido de excusa para estas consideraciones. De «El hombre sin atributos» de Musil, se ha escrito ya mucho, y no es éste el momento de apostillar a tantos críticos del libro. Señalaré tan sólo que este cuarto tomo que ahora se edita —junto a la reedición de «Tres mujeres», en la misma editorial— está formado por distintos materiales. En 1932-33 apareció el libro segundo (tomo tercero) (Pasa a la pág. 3 de este suplemento.)

Escribe Antonio MORALES

LOS TEATROS OFICIALES EN BUSCA DE AUTOR



Si la «profesión» o el casi inexistente empresario de sala o compañía pueden escudarse en su negativa a entrenar autores españoles en los problemas estructurales ya apuntados, en la no asunción de riesgos, no hay disculpa posible para los teatros oficiales, sean de la Administración central, autónoma o local.

TEATROS OFICIALES Y AUTORES

La liquidación de los teatros nacionales y la siguiente creación del Centro Dramático Nacional y el CNINAT — hoy desaparecido —, supuso para los autores la creencia errónea de que la hora del estreno había llegado. Autores y obras ya conocidos por sus ediciones, representaciones por grupos vocacionales o universitarios, o por trabajos críticos — en especial los dos grandes grupos estudiados por el Pr. Ruiz Ramón, realismo figurativo, y George E. Hellwarth, los subterráneos —, tenían, por fin, la oportunidad de demostrar y demostrarse la validez de sus trabajos. Tres generaciones de autores esperaban ese momento. Autores, en su mayoría, a los que no era justo exigirles perfecciones, porque el autor, y este lo saben los tontos, se hace en el escenario, en contacto con el trabajo de los intérpretes, en contacto con el público. Pronto parte de la crítica de diarios, el público apenas ha tenido oportunidad, decidió que, por lo menos, todos los autores que no estuvieran bajo el marchamo de lo que ellos entendían por realismo estaban muertos, no interesaban, pues. Adolfo Marsillach reflexionaba sobre esos autores: «¿Quién es el guapo que le dice ahora a los autores, a quienes se les fue la juventud esperando que la censura autorizara sus obras, que la única posibilidad que les queda es volver a guardarlas en los cajones donde estaban? Es demasiado injusto, pero es así y no hay que darle vueltas. Estamos obligados — nos obliga el público, por otra parte — a meternos nuestros cripticismos donde nos quepan» (1).

Pero si estaba claro para esos autores crípticos y difíciles, ¿por qué no estrenan los que se suponía, en ese modo de ver las cosas, que sus obras eran un reflejo de la vida misma?

¿Cómo llega un autor dramático a los escenarios? Ya conocemos las razones de actores, directores y empresarios privados; los premios teatrales que habitualmente consistían en el estreno de las piezas han ido retirando tal apartado de sus convocatorias — me comunican que así sucederá también en la próxima edición del inefable Lope de Vega —. Siendo así, ¿qué piensa un autor premiado y no estrenado? ¿Cuál es su grado de frustración e impotencia?

Se dice en estos días que el teatro María Guerrero y el Español, de Madrid, andan a la busca de «los más autores españoles posibles», mediante selección hecha por un comité de lectura. ¿Dónde consigue ese comité las obras? ¿Cuál es su criterio de selección? (Ocurre, además, que ya no se sabe lo que sea el Centro Dramático Nacional aparte de un promotor de espectáculos bien subvencionados, derrochadoramente subvencionados habría que calificar. ¿Dónde hay unos estatutos del Centro que estructuren sus órganos y funciones? ¿Por qué al cabo de varias temporadas no se ha creado una política de giras eficaz? — La de «El pato silvestre» está siendo, por culpa de una pésima organización, un fracaso de público. Baste con citar los casos de Valladolid y Murcia —. ¿Por qué no se han puesto en pie talleres de decorados y costura que sepan aprovechar los arrinconados fondos de los anteriores nacionales, archivo, biblioteca, museo, etc.?) Historiado está — porque fue polémica — la actuación de comités de lectura anteriores. Resbalaron por sus ojos y manos obras capitales — me avalan en lo que digo tesis doctorales, ediciones críticas y manuales, españoles y de medio mundo — para comprender no sólo el teatro español de nuestros días, sino España toda. Es una larga lista de autores y obras: «La Gallarda», de Alberti; «La Celestina», de José Ricardo Morales; «El camarada oscuro», de Alfonso Sastre; «Anarquía 36», de López Mozo; «Flor de Otoño», de Rodríguez Méndez; «Las Brujas de Barahona», de Domingo Miras; «La coartada», de Fernán Gómez; «La muerte de Lorca», de Rial; «Las conversiones», de Martín Recuerda; «La máquina de pedir», de Ruibal; «El carro de heno», de Camilo José Cela... etcétera, sin considerar a autores más desconocidos. No se trata de realizar una labor de rehabilitación «por los servicios prestados», sino de que el gran público vea por fin su meta definitiva, el escenario, lo que desde otros medios ya le ha enamorado.

Pero hay un sentimiento generalizado de querer crear un vacío, saltando por encima de esas generaciones sufridas que han vivido el panorama expuesto, rechazándolos, dirigiéndose directamente a la búsqueda de autores más jóvenes. Esto que no sería más que un acto injusto, denigra a quien lo hace, a quien lo consiente y a quien sabiéndolo no protesta.

(1) «Interviu»: 16-22 noviembre 1978.



PLACIDO

EL FALSO TINGLADO DE LOS OSCARS

COMO cada año, la industria cinematográfica norteamericana se ha otorgado sus premios. Todo el aparato de la fastuosidad para hacer relucir un tinglado comercial que aún no ha sido suficientemente denunciado en el mundo. La historia consiste en simular un concurso serio, riguroso, con postulados notariales incluso, para seleccionar las mejores películas del mundo, realizadas cada año, e ir reduciendo candidatas hasta proclamar la mejor, que, naturalmente, es producción norteamericana. Para que no resulte tan burdo — aunque al final da lo mismo —, siempre se reserva una estatilla de borce para la «mejor película extranjera», de modo y manera que los premios tengan una mínima proyección internacional y se puedan así incrementar los beneficios de todas las películas premiadas.

ESTE año sólo había cinco: «Carros de fuego», «Ragtime», «En el estanque dorado», «En busca del arca perdida» y «Rojos». El resto de la producción USA no reunía, al parecer, las cualidades de las anteriores de las anteriores. Y eso que «Ragtime» se salva por la interpretación de sus protagonistas secundarios, y «Rojos» es una falsedad histórica con una interpretación vulgar de Warren Beatty en, eso sí, un colosal despliegue de medios, es decir, de dólares.

El espectáculo de la entrega, propiamente dicha, se la ahorro al lector, porque a buen seguro la presenciaria por televisión, y si no lo hizo, es que no tenía el más mínimo interés, por lo que tampoco lo tendrá en leerla ahora. Basten tres adjetivos: hortera, rampón, cínica. Más o menos, como toda entrega de premios, pero a lo americano, con el sello inconfundible de su barroquismo económico sofisticado.

HAY que empezar a desmitificar el premio Oscar. Con rara frecuencia ha acertado en la entrega y, lo que es peor, nunca se sabe con certeza el poder último que reparte ese maná. Lo sorprendente es que aún las grandes multinacionales del cine, como la Warner, la Columbia, la Fox o la M.G.M. no han dirigido sus iras ante tal montaje, señal que hay beneficio

para todas. Es de suponer, porque no tengo la lista a mano, que unas y otras son las receptoras del premio con frecuencia cíclica, o al menos todos los años tendrán un trozo del pastel californiano. Ultimamente, que yo recuerda, sólo Woody Allen permanecía en un pequeño bar de Broadway tocando el clarinete mientras su nombre sonaba en el Palace del Cine, en Hollywood, como ganador de un Oscar. Allen, que es un hombre íntegro, bastante demócrata y nada dado a prestarse a juegos sucios, despreció su nominación y su premio. Por algo será.

TENIENDO claro que la concesión de los Oscar forma parte del autotombombo de la industria norteamericana; sabiendo que es un espectáculo de los americanos para los americanos, y no creyendo, por último, que las películas ganadoras son las mejores del mundo, el circo puede continuar. Pero que nadie se llame a engaño después.

EN España, por contra, hay también otros premios similares. Pero son más honestos. Se trata de los Premios Bronce, de la «Guía del Ocio», coordinados por Carlos Gortari. Son unos premios españoles para los españoles, sin pretensión mayor, con las ideas muy claras y con el fin de reunir al mundillo cinematográfico, que gusta de verse de cuando en cuando y contarse cosas. Además, es un dato importante, los premios se otorgan por votación popular, lo que limita al máximo las posibilidades de manipulaciones. Este año se ha premiado la obra del productor Elías Querejeta, se ha reconocido el mérito de Lola Herrera y Josefina Molina, se ha destacado a Fernán Gómez y se ha considerado la mejor película a «Maravillas», de Manolo Gutiérrez Aragón. A nivel personal, creo que hay una trilogía de películas sensacionales que podían haberse llevado el premio. Tanto «Maravillas» como «Patrimonio nacional» y «Bodas de sangre» hubieran sido bien galardonadas, sin olvidar, claro está, a la película más taquillera del año, «El crimen de Cuenca».

UNA fiesta del cine hecha en España para el cine español. Sin engaño, sin aspiraciones universales. Justo lo contrario que los Oscar, el eterno tinglado de la falsa farsa.

Se cuestiona continuamente sobre la necesidad o no de un Ministerio de Cultura o, por lo menos, su necesidad en lo referente al mundo del teatro. Pero, de momento, una cosa está clara: o cambia la legislación sobre política de espectáculos, se da un tratamiento fiscal adecuado al espectáculo, los sindicatos obreros se estructuran para acoger y proteger con sentido un trabajo tan peculiar — en categorías profesionales, acceso a la profesión, estabilidad en el empleo, Seguridad Social, etcétera —, se cambia la política interior y exterior del libro teatral, se modernizan los centros de enseñanza de disciplina escénica, se implantan departamentos de drama en las universidades y, sobre todo, se promocionan los estrenos de autores españoles vivos, etcétera, o el Estado tendrá que seguir con su arbitrario sistema de repartir migajas para justificarse y, a la vez, apartar el arte escénico de la mente de los españoles de forma definitiva y enterrarlo.

LA SITUACION DEL AUTOR

EN otro lugar he explicado que la censura franquista, junto a una Administración con esquemas del teatro comercial, un empresario inculco y pesetero y una crítica sin demasiados conocimientos técnicos y, a menudo, con ciertos intereses en la industria teatral, consiguieron la vulgarización de autores con indudables posibilidades, el prestigio de autores con ninguna, la autocastración y el silencio de otros y el embarullamiento de algunos en un teatro pretendidamente de oposición política, lleno de una simbología indecifrabable y que sólo alcanzó audiencia porque ciertos sectores, inquietos políticamente o estudiantiles, comprendieron que desde el teatro, o con su pretexto, se podían intentar determinadas tomas de conciencia y encaramientos con la realidad.

Pasado aquel momento los autores dramáticos se encuentran, fundamentalmente, con dos problemas: uno, complejo y ancestral, en el que forman organización mercantil, incultura teatral, innecesaria para la masa del consumo del teatro, y nuevas formas de censura (baste con citar los casos de «La Torna», «Noche de guerra en el Museo del Prado», de Alberti, y «El engaño», de Martín Recuerda), y uno de nuevo cuño: el cambio en la realidad de España, que se había estado gestando imperceptiblemente en las décadas anteriores, pero que ahora está rotundo y configurado. Una realidad que da un tipo de español al que hasta ahora los autores dramáticos apenas han podido dirigirse.

Existe una disociación, que no me cansaré de denunciar, entre los componentes del hecho teatral; la lucha de los actores, directores, escenógrafos, etcétera, por sobrevivir en unas profesiones que tienen problemas nuevos día por día y más inestabilidad de empleo, les lleva a la elección de textos «seguros», a la repetición de «éxitos», a lo que «se hace en Londres», sin investigar la existencia de nuevas obras y autores. Sin pretenderlo estas gentes están fosilizando el teatro, convirtiéndolo en un acto cultural de carácter arqueológico. El autor, por su parte, en el ejercicio de su legítimo derecho a escribir en libertad, no escatima personajes y dificultades en sus piezas, sin acudir a las disculpables concesiones de trabajar para un actor o compañía determinados o, simplemente, en considerar al redactor sus obras las dificultades técnicas y económicas de la puesta en pie de un espectáculo.

C ONO...
entr...
1952...
que titu...
Pepe Es...
reencue...
Canaria...
Galdos...
alli escr...
literario...
ge— er...
del Inst...
borró d...
con que...
ro anuu...
seguida...
nes y c...
teratura...
que en...
renta s...
ticipar...
segovia...
Las p...
impaga...
de nue...
minaci...
estado...
Ley sor...
como p...
rasgos...
dotas...
persona...
ta año...
perdido...
dónde...
sentim...
tacl, la...
su vida...
tan cos...
dias m...
y la d...
España...
dica u...
En u...
español...
Ley ap...
trabaj...
la liter...
descul...
Carden...
Camp...
en Lor...
tas co...
presen...
mente...
bro m...
pías q...
y por...
En el...
frecue...
objeti...
mi en...
como...
ella y...
DI...
M...
para...
(Vie...
ero en...
de...
Musil...
te en...
1837...
de la...
imp...
pulos...
actuac...
por de...
los tra...
una p...
tró ac...
ocidos...
Desde...
muerte...
linó...
rando...
mas e...
sidos...
La...
limes...
este...
cín a...
dir de...
y su...
ciada...
FU

EL CUADERNO de Dámaso Santos

Las memorias rememoradas de Charles David Ley



CONOCI a Charles David Ley —él no recuerda la breve entrevista— por uno de aquellos años, entre 1943 y 1952, en que tienen lugar estas memorias literarias, que titula «La costanilla de los Diablos», editadas por Pepe Esteban. Hablamos de este tiempo largamente en el reencuentro que tendría lugar en Las Palmas de Gran Canaria en 1972, durante el I Congreso Internacional Galdosiano. De éste sí me recuerda y cómo le sugerí allí escribir este libro tan bien recibido en nuestro mundo literario. Charles David Ley —hoy jubilado de Cambridge— era entonces un joven profesor y poeta trasladado del Instituto Británico de Lisboa al de Madrid. No se me borró de aquel primer encuentro la valentía generativa con que hablaba un fragmentario español, que sería claro anuncio del dominio que iba a alcanzar, siendo en seguida especialista en su país para grandes traducciones y diccionarios, y en el nuestro, para discutir de literatura española lo mismo en un congreso internacional que en una tertulia del café Gijón. Ya en los años cuarenta se atrevió a escribir versos en castellano y a participar en coloquios de poesía, como en aquel convivio segoviano que evoca en este libro.

Las páginas de «La costanilla de los Diablos» resultan impagables para quien quiera, con afición a la historia de nuestra vida literaria —que es también parte o iluminación de la historia de la literatura—, entender el estado de cosas de nuestra cultura entonces. Los ojos de Ley son los de un extranjero que distancia aquello que como poeta, como escritor y como amigo convivió. Los rasgos de los personajes y las circunstancias de las anécdotas son vivazmente reveladores de lo que aquellos personajes fueron o empezaban a ser. A los casi cuarenta años, el poeta inglés ha ido en busca del tiempo perdido, que es el de su juventud fuera de su patria, donde halló otra, que no excluirá, sino que avivará el sentimiento de la primera; nuevo campo para la amistad, la inspiración poética y la realización en mucho de su vida. El libro es una ágil crónica, en el que se cuentan cosas de una convivencia literaria, en la que el autor es un personaje más y en cuyo retablo destacan, tratadas muy de cerca, figuras como la del penúltimo Baroja y la de su alucinado compatriota, voluntarioso de una España soñada, el gran poeta Roy Campbell, a quien dedica un capítulo especial.

En una posible y quizá necesaria historia de la cultura española realizada por los hispanistas, Charles David Ley aportaría, sin duda, buenas cosas de sus originales trabajos de investigación, algunos de la relación entre la literatura española y la inglesa, como pueden ser sus descubrimientos en torno a la cervantina historia de Cárdeno y Shakespeare; lo que también ha escrito ya de Campbell y España; lo que puede escribir de Cernuda en Londres, en las memorias apuntado en sus entrevistas con el poeta exiliado, en una de las cuales Charles presentó a Rafael Montesinos. Quizá deba darle especialmente las gracias a Charles también por lo que este libro me incita, suministra y alienta para memorias propias que muchos reclaman, que darían comienzo antes y por aquellos años de «La costanilla de los Diablos». En el Madrid del que entonces fui madrileño visitante frecuente y ocasional para volver a la provincia, donde objetivaba, distanciaba gentes, libros e impresiones de mi entrada tan decidida en la vida literaria española, como lo era la del poeta inglés Charles David Ley en ella y en nuestra lengua al par...

LOS LIBROS DE LA CORDILLERA

Me faltan sí, como a Teresa la Santa escribiendo de sus relaciones y andanzas, manos para extraer de las notas y subrayados de lectura la página ordenada para imprimir. Pero me faltan más aún espacios por mí

y cuantos conmigo colaboran en nuestro suplemento para dar una imagen al día de la creación literaria en nuestra lengua. Mal que bien se van cumpliendo muchos de los propósitos, aunque algunos vayan retrasados y otros hayan naufragado ya —salvo oportunidad de repesca— definitivamente. También espero poder decir algo —o que lo digan otros— de cuánto valioso quedó preterido por un largo tiempo de doliente inactividad. Estos libros se apilan —alta cordillera— sin el polvo de los meses que pasaron sobre ellos junto a los de recientísima tonsura.

Echenique; «El escarabajo» (Plaza & Janés), con el preciosismo histórico-fantástico de Manuel Mújica Láinez; «La caída» (Alianza Tres Losada), de la argentina Beatriz Guido, que alcanzará, sin duda, ahora la fortuna que no le ha sonreído abiertamente antes en España, y «El vuelo del tigre» (Legasa), del también argentino, ahora vecino de Madrid, Daniel Moyano, de quien conocía cuentos estupendos y de quien me habló con gran estimación Ernesto Sábato.

NARRATIVA

UN tramo de la cordillera libresca, los de autores que han hecho su camino en largo o corto andar. Empiezo por Pedro de Lorenzo, que concluye un ciclo novelesco de toda una vida, «Los descontentos», con «Episodios de la era del tiburón», y, del año anterior, «La soledad en armas» (Plaza & Janés). Nunca trasconejados, los relatos de Manuel Andújar «Secretos augurios» (Emiliano Escolar); los de Meliano Peralte, «Molinos del tiempo» (Colección César), y los de Antonio Martínez Menchén, «Pro patria mori» (Legasa). Tomás Salvador, que vuelve con una novela histórica, «El arzobispo pirata» (Plaza & Janés). En gracia de renovación, Juan García Hortelano «Gramática parda» (Argos Vergara). Sobre el mayo francés, Jorge Semprún con «La algarabía» (Plaza & Janés). Andrés Bosch, «El recuerdo de hoy» (Planeta). Concha Alós —tras dilatado silencio—, «Argeo ha muerto, supongo» (Plaza & Janés). Antonio Ferrer, en la ciencia-ficción: «La vorágine automática» (Legasa). Jesús Torbado, bien esperado, con «La ballena» (Planeta). Otra vez en sus apropiaciones poéticas de una historia, Carmen Barberá en «Rapto de locura» (Planeta). Sin perder comba desde su resolución noveladora, nuestro Leopoldo Azancot: «El amante increíble» (Planeta). También sin resollar, Ramón Ayerra: «sir Barthimbal va de viaje» (Argos Vergara). Y aquí está, pasando o sin pasar, de la crítica en que empezó Marina Mayoral, con sus historias de familia, en la poderosa embarcación de «La única libertad» (Cátedra), flanqueada de otras dos narraciones premiadas: «Al otro lado», en Novelas y Cuentos, y «Plantar un árbol», en el Ramón Sijé. En una nueva editorial, nacida de impulsos autonomistas murcianos, Colección Mediterráneo, unos cuentos de José Luis Castillo Puche, «El leproso y otros relatos», y la novela del ya experimentado Antonio Segado del Olmo, «El día que llegó el mar». Desde Nueva York, pero esta vez con tema español, José María Carrascal: «Cuatrocientos años triunfales» (Plaza & Janés). De los nuevos y seminuevos, ancha crestería: pasado de la crítica biográfica, Carlos Pujol en la novela histórica «La sombra del tiempo» (Planeta); Ramón Eiroa, con «Notas para la aclaración de un suicidio» (Destino). De la nueva hornada de Alfaguara: «Las condiciones objetivas», de Javier Maqua, y «El ruso», de Manuel Pereira. Idem de Hiperión: «Cuadrupedunque», de José María Conget, y «Quasida azul», de Alberto Porlán. «El viajero desnudo» (Lumen), de Juan Piñero; «La recompensa polaca» (Debate), de Julián Ibáñez. Asoma a la narración Arturo del Villar con «El sonido redondo del tiempo» (Azur). Esto de hispanoamericanos: «La vida exagerada de Martín Romaña» (Argos Vergara), de ese ángel caído o demonio alzado que es el peruano Alfredo Bryce

ENSAYO



CREO que muy próximo capítulo conseguirá este primer tomo de las memorias «Recuerdos y olvidos» (Alianza Tres), de Francisco Ayala. No hago lista de los ensayos, pero sí anticipo la promesa de testimonio de mi recorrido sobre el tomo III de la «Historia crítica del pensamiento español» (Espasa-Calpe), de José Luis Abellán, obra de complejión menendezpelayesca, Premio Nacional de Literatura, sistematizadora e iluminadora de muchos rincones en nuestra cultura.

POESIA

POR el flanco de la creación poética, un bosquejo que reduzco a uos cuantos nombres: Antonio Martínez-Sarrión, Fernando Ortiz, Fanny Rubio, Ramón Buenaventura, César Aller, Víctor Botas, Ángel García López, Manuel Mantero, Moreno Villa (que presenta Luis Izquierdo), Clementina Arderiu, Salustiano Masó, Lázaro Santana, Javier Villán... Cito, sí, con su nombre, el título. El de Luis Rosales con su «Un rostro en cada ola», segunda parte de «La carta entera». Como ha contado aquí Jacinto López Gorgé, este libro fue presentado por su autor en Melilla, premiado en el certamen internacional que lleva el nombre de la ciudad, con palabras inductorias mías, que quisieron anticipar el valor del acontecimiento en nuestra poesía y dentro de toda la obra del poeta. Propuse para otro periódico la publicación de un resumen de aquellas palabras portales y notificando el acto, pues pensé que le sería grato que apareciera delantamente en columnas que dieran en muchos días, «El contenido del corazón», poemario que tanta relación tiene con este nuevo momento de la poesía rosalina. Pero aquella nota no salió. No me equivoqué, sin duda, de periódico, pero sí —lamentándolo— de amigo en el envío. Espero un poco para hablar de este libro publicado en Rusadir hasta que se haya distribuido en la Península y presentado en Madrid.

MARGUERITE YOURCENAR Y ROBERT MUSIL

(Viene de la pág. 1 de este suplemento.)
 en la edición castellana de la larga novela de Musil. Pero el libro no acabó en aquellas páginas: entre 1937 y 38, el autor dio a la imprenta otros veinte capítulos, que eran una continuación; pero, ante el temor de que fueran prohibidos tras la anexión de Austria por los nazis, Musil retiró aquellos capítulos, conocidos por «galeradas». Desde entonces hasta su muerte, en 1942, Musil continuó corrigiendo y reelaborando tanto esas veinte últimas entregas como los episodios anteriores de su novela. Las «galeradas» y las últimas aportaciones forman ese cuarto tomo. La relación amorosa mística al decir de la crítica, entre Ulrich y su hermana Agathe, iniciada en el tomo anterior de

la traducción castellana, continúa aquí su peripecia sin fin, esa peripecia de la que el propio autor, presionado por algunos de sus críticos que querían ver físicamente consumada la incestuosa relación, dijo: «Ellos no quieren». De Marguerite Yourcenar conocíamos dos traducciones españolas: «Alexis o el tratado del inútil combate» (3) y «El alquimista» (4); pero su ingreso en la Academia francesa, en marzo de 1930, acrecentó las expectativas del lector español por conocer su obra máxima, «Las memorias de Adriano», que ahora están a nuestro alcance en la delicada traducción de Julio Cortázar. La escritora —nacida en Bruselas en 1903 y residente en Estados Unidos desde hace treinta años— concibió el proyecto de su libro en 1924, escri-

bió y destruyó una primera redacción, y sólo en 1951 se decidió a publicar la elaboradísima novela. Como el «Yo, Claudio», de Robert Graves, «Memorias de Adriano» es una autobiografía ficción, fórmula literaria que Yourcenar eleva hasta cimas que tal vez sólo «Los apuntes de Malte Laurids Brigge», de Rilke, evocando la figura del escritor noruego Sigbjørn Obstfelder, podría aguantar. Si hay que hacer caso de ciertas taxonomías literarias, «Memorias de Adriano» parece un libro de confesiones: los acontecimientos históricos están narrados desde los movimientos anímicos y conmociones existenciales que los sucesos provocaron en su imaginario redactor, Adriano, quien escribe con el propósito de «definirme», quizá para juzgarme o por lo me-

nos para conocerme mejor antes de morir. Pero el libro es, ante todo, una guía didáctica dirigida al heredero que Adriano quería para su imperio, un auténtico tratado acerca del arte de vivir, en el que el emperador examina las condiciones de la vida de su tiempo: opiniones y dioses, creencias filosóficas y actitudes políticas, nociones de la amistad, del amor, de la acción... De toda esta procepción de humanas posturas aflora una elección que Adriano hace no de una vez por todas, sino día a día, y va cuajando en un estilo personal. A poco de iniciada su redacción, Adriano escribió: «Creí, y en mis buenos momentos lo creo todavía, que es posible compartir de esta suerte la existencia de todos y que esa simpatía es una de las formas menos re-

vocables de la inmortalidad». Proteo, el dios transformista y fluyente es el numen tutelar de Adriano. El mismo lo reconoce en varias otras ocasiones. Como cuando escribe: «(...) los ejercicios de retórica, en los que éramos sucesivamente Jerjes y Temístocles, Octavio y Marco Antonio, me embriagaron; me sentí Proteo. Por ellos aprendí a penetrar sucesivamente en el pensamiento de cada hombre, a comprender que cada uno se decide, vive y muere conforme a sus propias leyes». Como propuesta de uso de las ideas y el lenguaje para conocer y establecer una simpatía interior con las distintas vidas, los diferentes estilos vitales y para, en definitiva, «ser todos los hombres» (asunto que también ha preocupado a Borges, como se sabe), no se puede

pedir más. Este registro del libro, importante, pero a fin de cuentas sólo uno más de los tesoros que contiene, servirá como botón de muestra final de esta novela escrita con una lírica y lúcida elevación y en un estilo cuya nitidez se acerca a la pureza clásica.
 (1) «Memorias de Adriano», de Marguerite Yourcenar. Traducción de Julio Cortázar. Colección Narrativas, de Editorial Edhasa. Había una edición sudamericana anterior, casi inencontrable.
 (2) «El hombre sin atributos» (IV tomo). Traducción y edición a cargo de Pedro Madruga. Editorial Seix Barral.
 (3) Editada por Alfaguara.
 (4) Editada por Plaza y Janés en 1970, se encuentra agotada. Alfaguara anuncia una nueva traducción con el título de «Opus nigrum».

Escribe Jacinto LOPEZ GORGE



CONVOCATORIAS Y VISPERAS DE PREMIOS

Una nueva avalancha de premios nos cae encima. En pocos días han sido convocados el Hucha de Oro, con sus correspondientes Huchas de Plata; el Sara Navarro, también para cuentos, con un primer premio de 300.000 pesetas; el Ciudad de Jaca de novela, elevado este año a un millón; el Asturias 1982, igualmente de novela, pero con sólo 100.000; el Villa de Rota (300.000) y el Rafael Morales (75.000), para libros de poesía, que llevan implícitas las ediciones correspondientes, aunque el Ayuntamiento de Talavera, que convoca el segundo, editará también un accésit en su colección Melibea, y el Río Ugría («dotado con 100.000 reales y trucha grabada en plata»), para un poema de treinta a cien versos, que es el más simpático de todos, y cuyo plazo finaliza el 31, para ser fallado el 10 de junio en el Molino de Caspuñas (Guadalajara). Pero en estos días se han concedido, además, el Ollin Yoltzli, de México, a Jorge Guillén; el Ateneo de Valladolid de novela corta, a «La estéril piedad del condenado», de Luis González Santos, y el Francisco de Quevedo de poesía, incluido entre los premios Villa de Madrid, que ha sido otorgado al libro «Forma de margen», de Pedro Provencio, un poeta contestatario, a juzgar por sus declaraciones. (Siento no dar el Premio Armengot, de novela corta, que debió fallarse el día 7 en Castellón porque sus or-

ganizadores se limitaron a mandarme un programa-invitación, pero no la resolución del jurado). Otra novela corta premiada —«El corazón del lobo», de Rafael Soler, premio Cáceres 1981— fue presentada ayer por Francisco Yndurain, Ricardo Senabre y Ramón Hernández en la Biblioteca Nacional. Y para el 8 de junio se ha fijado la presentación en Madrid de «Un rostro en cada ola», el libro de Luis Rosales que obtuvo el Premio Internacional Ciudad de Melilla 1981. Antes de esa fecha —el 30 de este mayo— habrá finalizado la admisión de libros del correspondiente a 1982, cuyo jurado ya está constituido, aunque no se dará a conocer hasta la noche del fallo, a primeros de octubre.

CLAUSURA DE LA FERIA DE LA POESIA

¿Pero qué ha ocurrido, además, en la última semana? El domingo se clausuró la Feria de la Poesía en la madrileña plaza de Colón. Se calcula en más de veinticinco mil el número de visitantes que en ocho días tuvo esta feria, organizada por el Taller Prometeo de Poesía Nueva, con diversos patrocinios e integrada en las fiestas de San Isidro. Gran número de poetas, desde los académicos Carmen Conde y José García Nieto a otros no menos importantes o en vías de consagración, participaron en los recitales al aire libre. Los doscientos que figuran en los doscientos «posters» con sus poemas impresos han sido recogidos en un libro antológico: «200 poetas de hoy en España y América», que ha sido el más vendido —unos tres mil ejemplares— de la Feria de la Poesía. Espasa-Calpe, Aguilar, Hiperión, Visor, Biblioteca Nueva, Rialp y otras casas editoras participaron con sus casetas, a las que el público acudía a comprar libros de poesía o sobre poesía, que eran los que allí se mostraban exclusivamente. Las ediciones del Taller Prometeo, en las dos casetas de éste, fueron también muy solicitadas. Y el domingo pasado, a mediodía, antes de la clausura de la feria, hubo un

último recital de consagrados y jóvenes, tras el que se dieron a conocer los premios otorgados a los concursantes noveles. Todo un éxito, en fin, para este primer intento de llevar la poesía a la calle, que se prolongará, sin duda, el año próximo con una II Feria de la Poesía. A la iniciativa del incansable Juan Ruiz de Torres, poeta él también y presidente del Taller Prometeo, para quien pido un homenaje, debe la poesía española e hispanoamericana que muchos lectores de libros, indiferentes hacia la poesía, se hayan interesado por ésta. Y hay que reconocerlo.

OTRAS ACTIVIDADES RECIENTES

El mundo de las letras ha proseguido su actividad incansable, además de lo ya dicho. Argos Vergara acaba de presentar (librería Cristal) el libro de Francisco Fernández Ordóñez «Palabras en libertad. Conversaciones con Eduardo G. Rico». Presentador: Juan Luis Cebrián. Planeta y la Embajada del Ecuador, en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, presentó asimismo la novela «Militaria», de Renán Flores Jaramillo, con seis presentadores. El editor Víctor Pozanco lo hizo

(Club Internacional de Prensa) con el libro «Estigia y otros poemas», de Rafael Lorente, ganador del premio Biblioteca Atlántida. Gran novedad, por lo infrecuente, fue la conferencia de Eulalia Galvarriato, aquella novelista que con «Cinco sombras» quedó finalista en el premio Nadal hace ya... Eulalia Galvarriato es la esposa de Dámaso Alonso y ahora, tras muchos años de silencio, aparece en público como conferenciante en la Fundación Universitaria Española. Su disertación versaba sobre «Una tragicomedia de Lope: "Lo fingido verdadero"». Allí mismo, días antes, Rafael Montesinos intervenía en el ciclo «Mi poética y mi poesía». Y Antolín Iglesias, presentado por Arturo del Villar, leía su libro «Un país inocente» en la Tertulia Hispanoamericana. «Granada, ciudad árabe en Europa» era la conferencia de Manuel Gallego Morrell en el Instituto Cultural Andaluz. La Asociación de Escritores y Artistas iniciaba su ciclo sobre Miguel Hernández, donde hoy da su conferencia Vicente Ramos. Y en Cuenca, donde tuvo lugar una interesante mesa redonda sobre poesía, con intervención de Claudio Rodríguez, Benito de Lucas, Jiménez Martos y otros, disertó al día siguiente (escuela universitaria Fray Luis de León) Domingo Yndurain sobre «La novela española actual».

Próximo homenaje a Dámaso Santos

Para uno de los primeros días de junio está prevista una cena-homenaje a nuestro Dámaso Santos, que viene dirigiendo el suplemento literario de PUEBLO desde hace más de un cuarto de siglo. La familia literaria española debía a Dámaso Santos, por sus cuarenta años de crítica en la Prensa nacional y por su cordial aliento, este gesto de apoyo, que será, sin duda, un gran homenaje. Un homenaje cuya convocatoria firman un centenar largo de escritores españoles, desde las grandes figuras de la generación del 27 y diversos académicos hasta los representantes de los mejores valores de las sucesivas, además de otras personalidades de las letras, la historia, el pensamiento, el arte y el periodismo español, y, corporativamente, la Asociación Colegial de Escritores, la Asociación Española de Críticos Literarios y la Asociación de Escritores y Artistas.

Tomo VII de «Los toros»

CON PROLOGO DE DOMINGO ORTEGA

PROLONGACION de la gran enciclopedia, o, como reza el enunciado «Tratado Técnico e Histórico», «Los toros», de Espasa-Calpe, iniciada y realizada en muchos años por José María de Cossío y proseguida al final con Antonio Díaz - Cañabate. Tomo VII. Historiador, crítico y degustador de todas las hazanas lúdicas españolas en poesía, tauromaquia y fútbol, emprendió José María de Cossío, todavía en mocedad, la realización de totalizar interdisciplinariamente la contemplación del hecho taurino no abandonando la tarea hasta las proximidades de su muerte en una larga vida. Cañabate fue taurino y casticista. Ambas plumas chorrearon por todas partes gracia, talento y cultura.

EL tomo se abre con un brindis de Domingo Ortega, quien señala el contenido estrictamente cultural del volumen que, por postumo, llama «sobrero» como corresponde al lenguaje taurino. Tomemos de él el resumen del sumario: «Sus temas han sido sugeridos por la demanda del público, contemplando los seis volúmenes anteriores, cuyo éxito editorial ahí está. A este sobrero le auguramos todavía mejor. Sus páginas se abren con el interesante y novísimo trabajo «Los toros desde la Psicología», del doctor Fernando Claramunt López, gran taurino por tradición familiar y profesor de Psicopatología en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense. Su ciencia aplicada, proyectada con amor sobre los protagonistas de la fiesta y la fiesta misma, aporta muy importantes perspectivas, que ayudan sin duda a penetrar mejor en su intimidad y su envidia. En esta misma línea abunda la experiencia

científica del eminente doctor Rodríguez Delgado respecto del toro, en orden a un mejor conocimiento y mejora de su cría y bravura. «Los toros en la Literatura» y «Los toros en el Periodismo», respectivamente, del profesor y crítico Andrés Amorós, de notable tauromanía por línea paterna, y del avezado escritor catalán Néstor Luján, completan y actualizan lo dicho por Cossío en el tomo II de la obra. Otro tanto debe decirse del brillante trabajo «Los toros en las Artes Plásticas», del joven director del Museo Español de Arte Contemporáneo y ex subdirector general de Artes Plásticas, Alvaro Martínez Novillo, que se completa con un amplio desfile de carteles, José Luis Dávila, dibujante y crítico taurino, trae a este volumen, con «El humorismo gráfico en los toros», la nota de simpatía, que siempre ha acompañado entre nosotros a la seriedad fundamental de la fiesta. «Los toros en la música», del letrado y musicólogo Manuel Delgado-Iribarren, y «Los toros en el Arte Flamenco», de Fernando Quiñones, y José Blas Vega, verdaderos especialistas de sus temas, amplían insospechadamente los ecos culturales de la fiesta de toros. Y lo mismo debemos decir del espléndido trabajo de Carlos Fernández Cuenca, «Los toros en el cine», donde se aúna la afición a los toros con la más extensa erudición sobre el séptimo arte. Ese incansable crítico taurino catalán que es Antonio Santainés, tan trabajador competente como amigo incondicional de la fiesta y sus hombres, nos proporciona todo el interés que ha investigado en el curioso fenómeno de los «Museos» y coleccionismo taurinos; tanto testimonio de la historia apasionante de la tauromaquia, como del afecto

de muchos aficionados, cuidadosos de retenerla. Finalmente, no dudo de que la publicación en la obra del catálogo de «Peñas y asociaciones taurinas de todo el mundo», a cargo del doctor Zúmel, servirá al lector aficionado, o al simple curioso, para comprobar la enorme y creciente vigencia que hoy adquiere en el planeta de los toros la afición institucionalizada, motor necesario para nuestra fiesta. Y también nos sirve a todos de guía útil, a través de esa meritoria afición ilusionada de todo el mundo.»

V. L.

“Equivalencias”

(Revista Poética Internacional)

En el acto de presentación de la revista «Equivalencias», que edita la Fundación Fernando Rielo, hicieron uso de la palabra: Justo Jorge Padrón, director de la publicación; Luis Rosales, de la Real Academia Española de la Lengua; Jesús Fernández, vicepresidente de la Fundación F. Rielo, y Louis Bourne, jefe de redacción y traductor de la misma, quienes mencionaron, en primer lugar, que es la primera revista española dedicada exclusivamente a la creación poética y a su visión crítica que aparece en texto bilingüe (español/inglés), al tiempo que publica también en su lengua original aquellas colaboraciones que procedan de lenguas distintas de las dos citadas.

Ya en su primer número, «Equivalencia» incluye grandes firmas, como las de Octavio Paz, Luis Rosales, Jon Silkin, Alain Bosquet, Eugène Guillevic, Pedro J. de la Peña, José Angel Valente, Hamburger, etcétera. Sus páginas permanecen también abiertas a la colaboración de poetas noveles o desconocidos, sin otro criterio de selección que aquella calidad y valor que demuestren sus obras.

ANDE
MI
PROXIMO
LIBRO

Adelantar el contenido de un libro es como destripar una película, pero contar su génesis y sus razones es bueno para que su lector potencial no se dirija hasta él a tontas y a locas, por confiar en el autor o disfrutar de su título, sino en razón a lo que el escritor, con grandes dosis de buena voluntad, se esfuerza por presentar como imparcial lo que es —a la fuerza ahorcan— subjetivo. Por eso voy a intentar escapar de la tentación de la humildad —la vanidad del humilde, que decía Mal-

raux— porque, al final, huele siempre a inmodestia, por mucho que el empeño sea largo.

Hecho el preámbulo, quiero decir que «Opera 5», libro de relatos, rompe absolutamente con mi trayectoria anterior en publicaciones. Al fin he publicado un librito de los que yo llamo, un poco pretenciosamente, de creación literaria. Publiqué, en 1978, un libro anarcoide y festivo sobre las pintadas callejeras, un lúdico estudio bajo el título de «Cualquier noche puede salir el sol». Al año siguiente, en plena fiebre post-constitucionalista, publiqué un análisis del artículo 45 titulado «Ecología y Constitución». En 1980, finalmente, un ensayo biográfico sobre «Marx: el hombre y la Historia» vio la luz de los escaparates. Entre tanto y hasta hoy, mis colaboraciones en Prensa, a través de artículos de opinión y temas cinematográficos, jalonan mi vocación literaria.

Lo cierto es que este libro lo tenía escrito hace ya un año. Nació, como casi todo nace, por casualidad. Voy a contar algo que aún no sabe nadie: empecé «Noche de exilio», el primer relato del libro, con el objetivo de escribir un guión cinematográfico para un cortometraje. La verdad es que en seguida me di cuenta de que lo que quería decir era imposible contarlo con imágenes lo que se quiera, unas lles, sensaciones, guños, que imagen, a veces, no dice más que las palabras. Hay detalles, sensaciones, guños, que necesitan ser descritos, que precisan del vocabulario. Abandoné la idea del guión y terminé el relato.

Con éste y alguno más que ya había escrito, podía

“OPERA 5”

presentar a la editorial un proyecto a mi entender sugerente. Pero entonces surgió otra chispa. Un día pensé en dar vida a un personaje que latía en mí y que me resultaba visceralmente atractivo, casi diría que sensualmente atractivo. Era Fleitas.

Fleitas es un abogado como tantos, como mis compañeros de profesión y un poco como yo mismo. Pero más progre, más pasota y más castigador. Una mezcla entre Carvalho y Bogart, pero togado. Y con pinta de poquita cosa, como Woody Allen, pero menos depresivo. En fin, un abogado de novela. Y con «A este lado de las rejas» le doy vida, una vida que continúa en otra novela que algún día acabare y que intentaré que no sea la última.

Hay un tema que quiero dejar aclarado desde el principio, por aquello de las interpretaciones —casi siempre mal intencionadas— y las preguntas —siempre bien intencionadas—. Se trata del título, «Opera, 5». No tiene ningún secreto: es mi casa. Surgió porque nunca es fácil dar con un título, y a mi mujer le gustó ese. Es más, lo puso ella. No quiero con esto responsabilizar a nadie de parte alguna del libro. Es tan sólo una brizna de reconocimiento.

Y ante todo, prefiero que lo lean aunque no lo comprendan a que lo comprendan aunque no lo lean.

Un escritor que tiene la osadía de publicar, quiere ser leído. Al menos eso me pasa a mí.

A GOMEZ RUFO